

Sueña un sueño imposible

Gustavo Cosacov

La ciencia daría toda la unidad racional a la que aspira a cambio de un trocito de caos que pudiera explorar.

Gilles Deleuze - Felix Guattari

1.

Algunos humanistas consideran que si dios ha muerto, es el hombre el que tiene responsabilidad por su propio destino. Una responsabilidad que incluye el trabajo del hombre sobre el hombre para ir más allá, porque el hombre no tiene esencia, o su esencia es ir más allá de lo que es en cada momento. Y en ese ir más allá del hombre, el hombre, que aún sigue siendo demasiado humano, se ha encontrado sin ninguna guía para seguir. Se trata de un ser que siempre está llegando.

La pregunta por el hombre no tiene una respuesta clara y distinta. Es la ambigüedad, la doble naturaleza, la dualidad que se sabe tal y que aspira a la unidad. Una dualidad insatisfecha, siempre anhelante, deseosa de la inalcanzable unidad. La luz y las tinieblas están desde el origen y la cosmogonía es la historia de sus caóticos desencuentros. ¿La nada primordial no pudo engendrar algo? ¿Algo sin origen es pensable? Y algo, cuyo origen es otro algo ¿es regreso al infinito, o el infinito que regresa?

El hombre es un ser dividido; no puede captar la unidad primordial de ser y no ser. Y el uno simple no puede plantearse la cuestión. Sólo hay ser y no ser porque estamos divididos en nosotros mismos, porque somos la división en lo dividido.

Lo simple, todo-uno, á-tomo, totalidad-en-sí, sin dentro ni fuera, sin arriba ni abajo, sin derecha ni izquierda, es lo que llamamos dios. Pensa-

miento de dios. *De* dios porque no puede ser y *de* dios porque puede ser. No podemos pensar lo simple y, porque no podemos pensar-lo, hay *algo*. Lo absoluto sólo permite no pensar, que es lo místico. Pensar es salir de la unidad del ser y no ser. Es caer en la dualidad de ser o no ser. La filosofía, como pensamiento del *ser*, se queda en la puerta del misterio y sólo puede ver el resplandor. La filosofía vive en el umbral del ser, como el campesino de Kafka. No ignora que esa puerta se cerrará si muere, porque está destinada para ella. Entrar en la casa del ser es imposible para la filosofía. Sabe que si atraviesa la puerta entra en la locura de la indistinción. Ser y no-ser cohabitan sin conflicto en el mismo palacio, ser y no ser es *el estar llegando*.

2.

La razón, que no puede ser desterrada de la filosofía, pero que se sabe razonablemente poco confiable porque ya mostró que puede llegar al crimen con la locura de la racionalidad, está bajo el paraguas del arte como en casa. Pero el arte y la academia no pueden confundirse. El artista no quiere ninguna filosofía si se entiende ese término como el sistema de todas las cosas que interesan al ser humano. El arte irrumpe en el mundo cósmico, ordenado, poniendo en evidencia su carácter mixto. Ilumina por un momento, pero no quiere develar su misterio. El poeta es fundamental en esta revelación del caos. La plegaria es la forma primera del habla, el hablar hacia un afuera que no es un *cosmos*, sino aquello que está separado de él en la forma del *no*, del silencio. Así, el filosofar es un ejercicio de aprendizaje para escuchar lo que no habla; aprender a mirar para escuchar en el silencio.

El talante filosófico es parco. No quiere dejarse seducir por falacias encantadoras. La filosofía debe cuidarse de la poesía. El poeta es un loco que camina por un hilo tendido entre la filosofía y la religión. Anuncia la huida de los dioses, toma las palabras como objetos, los utiliza como puntos, como línea, o las combina, para hacer de su significación recíproca, planos. El artista es hoy a la filosofía, lo que en otra época fue la filosofía

frente al teólogo. El arte no es siervo de la filosofía. Pero si de alguna manera la sirve, es porque el arte lleva la antorcha que ilumina el camino del filósofo. Sin embargo, como nunca, el arte contemporáneo no podría existir si la filosofía no hubiera hecho la crítica de lo sublime y las categorías estéticas. Pero, como ya se dijo, para la filosofía sólo queda el resplandor de la casa del Ser, visto desde la razón. Es el pensamiento como arte y no como filosofía el que hoy nos permite ser “tocados” por lo que está más allá de toda experiencia posible.

3.

El problema de la razón es el absoluto: “encontrar lo incondicionado del conocimiento condicionado del entendimiento, aquello con lo que la unidad de éste queda completada”. Es filosofía aquello que va pariendo nuevas ciencias, nuevos saberes especiales pero que nunca se confunde con ellos. La matriz, el hueco, lo vacío, es lo que interroga. La crítica es esa actividad de limpieza que no deja que las preguntas sean colmadas por los saberes positivos. Tal vez no más que eso. Como la *khora* platónica, es una matriz. Pero sin esa obsesiva tarea crítica el pensamiento quedaría atado al carro de la técnica que hoy empuja con caballos apocalípticos que amenazan llevarnos hacia infiernos que ya tenemos a la vista. Tan a la vista como el incendio de las sierras que veo desde mi casa y que ha quemado miles de hectáreas llenas de animales y árboles y pasturas e insectos y que ha llenado el aire de las cenizas en forma de humo que marcha empujado por el viento hacia la gran ciudad.

Caminamos entre fragmentos. Pero esos fragmentos críticos que se salvan de la caída de los sistemas filosóficos, son lo más valioso, como lo ha dicho Th. Adorno, para quien la célebre sentencia de Kant de que ya sólo el camino crítico está abierto, es una de esas frases en las que la filosofía de la que proceden supera la prueba, pues sobreviven como fragmentos al sistema. Por supuesto, la idea de crítica forma parte de la tradición de la filosofía hoy desmoronada.

4.

En una de las acepciones de filosofía, merece atención especial aquel concepto que Kant llama “concepto cósmico de la filosofía que siempre ha servido de fundamento a esa denominación”¹. El concepto cósmico de la filosofía considera que ésta “...es la ciencia de la relación de todos los conocimientos con los fines esenciales de la razón humana. Pero precisamente querer llevar la hipóstasis de la personificación más allá es un signo de *arrogancia*, la de “llamarse a sí mismo filósofo y pretender igualarse a un prototipo que sólo se halla en la idea”, concluye Kant.² La filosofía no puede ignorar *eso* que nos interesa necesariamente a todos. Pero ¿qué será *eso*? ¿la muerte y “yo”?

5.

La *Crítica de la razón pura*, una obra ejemplar del filosofar, es un largo viaje de regreso, luego de la batalla “crítica”, en el que la Razón llega a su “reino”, su dominio legítimo. ¿Qué es lo que encuentra en el camino? Kant, como Odiseo, toma sus precauciones para no dejarse arrastrar al desastre, por causa de la seducción de los “entes de razón”, esas “sirenas” del razonar que fabrica monstruos en los que se combinan el entendimiento y los sueños visionarios, haciéndonos creer que nos aproximamos a una tierra firme hasta que, ya demasiado tarde, naufraga en la infinita ilusión, la razón misma.

Al llegar a Ítaka, encontrará Odiseo su reino más pequeño que lo que la ilusión le hizo esperar. Es la voz del poeta la que le recuerda: “pero no olvides que es Ítaka la que te ha dado este viaje maravilloso”.

¹ En nota el autor aclara qué entiende en este caso por “concepto cósmico”: “...significa aquí el que se refiere a lo que necesariamente interesa a todos. Consiguientemente, cuando sólo se considera una ciencia como una habilidad relativa a ciertos objetivos arbitrarios, determino la finalidad de esa ciencia con conceptos de escuela”. Kant, I., *Crítica de la Razón Pura*, Alfaguara, Buenos Aires, 2000, nota a A/840 B/868, p. 652.

² *Ibid.*, A 837- 839/ B 865-867.

¿Qué resulta de este viaje filosófico cuando la razón constata que igual que en la fundación de Cartago los límites de su reino no son más que una piel de león extendida, aunque con ingenio transformado en un hilo larguísimo? Al concluir la primera crítica, Kant reconoce que la filosofía no tiene tantas novedades para anunciar, ni tantos conocimientos que transmitir. Incluso reconoce que el hombre común “ya sabía” casi todo lo que la filosofía tiene para decirle. Pero se nos escapa de las manos la puesta dentro de los límites de aquello que queremos definir, porque *quién sabe qué es saber*. ¿No es acaso, igual que el significado de “significado”, un *saber del saber* el que está aquí en cuestión? Y además, por cierto, nos falta saber qué es la *philia*.

6.

No hay razón *pura*. Es el camino crítico el que permite a la razón volver sobre sí misma en la flexión refleja de su autocrítica. ¿Qué conoce con certeza esa razón? ¿No hay que tener una certeza ya, para poder decir que hay alguna certeza? ¿No es más bien el de las creencias el mundo que habita el pensamiento? Cuando decimos pensamiento no decimos razón “pura”. Todo pensamiento es un sentir, un *pathos*, un anhelo. Si bien se edifica una conceptualización con el trabajo de la razón, lo que liga los conceptos es un sentir que excede al concepto. Como la mano, que excede lo que la mano puede tomar de sí misma. Esa mano, como totalidad, no tiene cabida en la mano como finitud. Mucho se ha pensado en torno a las paradojas que genera toda autorreferencia. Y la mayor de las autorreferencias que produce paradojas es la de la razón frente a sí misma. La *ilusión trascendental del yo soy*, aunque desenmascarada por la razón-crítica, no deja de convivir con eso que no es ni verdadero ni falso: el mundo de los sentidos. Sólo hay error en el juicio por “el inadvertido influjo de la sensibilidad sobre el entendimiento”³. Uno de los motivos de la curvatura del juicio es pues una función de dos fuerzas con direcciones distintas. “Para distinguir el acto propio del entendimiento respecto de la fuer

³ *Ibíd.*, A294.

za que se le añade, será, pues, necesario considerar el juicio erróneo como la diagonal de dos fuerzas que determinan el juicio en dos direcciones distintas y que describen un ángulo, por así decirlo. Será necesario descomponer el efecto compuesto en los efectos simples del entendimiento y de la sensibilidad”⁴. Uno de los desvíos puede ser causado por la imaginación (la ilusión óptica, por ejemplo, que es empírica), pero otra, que es *ilusión inevitable* y trascendental es la “que influye en principios cuyo uso ni siquiera se basa en la experiencia, caso en el que tendríamos al menos una piedra de toque para controlar si es correcto, sino que nos lleva, contra todas las advertencias de la crítica, más allá del uso empírico de las categorías y nos entretiene con el espejismo de una ampliación del *entendimiento puro*”.⁵

7.

Kant, en un intento de conceptualizar el término, consideró que “la filosofía es el sistema de todo conocimiento filosófico”. Aquí se está explicando un tipo de sistema que permita ordenar todo el material filosófico posible. Esto es, darle cabida en el sistema que él llama *filosofía*, a la posibilidad de valorar los intentos de filosofar que llama *edificios*. Aquí se trata de la filosofía como una “mera idea de una ciencia posible que no está dada en concreto en ningún lugar pero a la que se trata de aproximarse por diversos caminos hasta descubrir el sendero único, recubierto en gran parte a causa de la sensibilidad, y hasta que consigamos, en la medida de lo concedido a los hombres, que la copia hasta ahora defectuosa sea igual al modelo”. Pero el obstáculo principal a esta aspiración es la cuestión de quién sabe las respuestas. La consecuencia inmediata de que esta meta no haya sido alcanzada, es que no es posible aprender filosofía, “pues ¿Dónde está, quién la posee y en qué podemos reconocerla?”. Ya aquí la idea del sistema filosófico concluido queda negada.

⁴ *Ibíd.*, A/295.

⁵ *Ibíd.*, B/352.

8.

Frente a esta idea de filosofía, se contraponen otra, que Kant llama *concepto de escuela*, “a saber, el de un sistema de conocimientos que sólo se buscan como ciencia sin otro objetivo que la unidad sistemática de ese saber y, consiguientemente, que la perfección *lógica* del conocimiento”. La razón humana tiene el destino singular, en uno de sus campos de conocimiento, de hallarse acosada por cuestiones que no puede rechazar por ser planteadas por la misma naturaleza de la razón, pero a las que tampoco puede responder por sobrepasar todas sus facultades. Este descubrimiento kantiano no lo hace tampoco por ello misólogo. Afirma que la perplejidad en la que cae la razón no es debida a culpa suya alguna. Parte de la experiencia hacia condiciones progresivamente más remotas. Recurre a principios que sobrepasan todo posible uso empírico y que parecen libres de sospecha hasta para la misma razón ordinaria. Se incurre así en errores y contradicciones que la razón no es capaz de detectar ya que no pueden ser contrastados. El campo de batalla de estas inacabables disputas se llama *metafísica*.⁶

9.

Tal vez no alcance, pero sin duda es necesario, que lo que llamamos filosofía como una sustantivación del verbo filosofar, tenga un umbral en cierto ánimo receptivo o abierto a la pregunta. O quizá es esa actitud de atención, esa disposición, una práctica filosófica que cada uno, repetidamente, reconoce cuando asume el riesgo de pensar. Riesgo, porque la locura está al acecho de los desmayos de la razón. Porque la locura piensa, pero sus caminos atraviesan los surcos que ha trazado la razón, los corta, no los respeta, delira. La experiencia del pensar es riesgosa porque no hay otra manera de hacerlo que dejar que el pensar piense, sin sujetarlo a ninguna otra restricción más que lo pensable mismo. Solamente queda filosofar, algo que se puede dar sólo como un ejercicio y ensayan do, es decir, siempre salvando el derecho de la razón a examinar crítica mente aquello que a ella misma

⁶ *Ibid.*, A VII y VIII.

se le adjudica. En nuestros días vemos cómo esta advertencia es raramente tenida en cuenta. Se presenta el hablante a sí mismo como filósofo y desde ese lugar usurpa la autoridad que en la hipóstasis tiene la idea.

10.

Mientras es crucificado, el Elegido le dice al Padre celestial: “¡Perdónalos, no saben lo que hacen!” Luego, él también se sabrá abandonado. Para saber lo que hacemos no basta con nuestras creencias. El saber de lo que hacemos es algo que escapa a nuestra comprensión con mucha facilidad. El auto engaño es el más peligroso de los engaños porque autor y víctima son idénticos y nada hay que pueda romper el círculo de la mentira sino la buena voluntad. La disposición para sospechar de nosotros mismos, para preguntarnos seriamente por aquello que creemos incuestionable, esa es la disposición filosófica. Cuando no existe esa disposición, es imposible filosofar. “Conocemos” de alguna manera que los epistemólogos avalarán; “obramos” aquello que nos parece un comportamiento conforme a la costumbre o a la autoridad, otorgándole a ésta un saber que no tiene por sí misma y, finalmente, “esperamos el futuro” con certeza de creyentes (aun los más ateos). La filosofía puede estar ausente mientras tanto. Damos la respuesta sin necesidad de preguntar antes por los *límites* de lo que podemos conocer, los *fundamentos* de lo que debemos hacer y las *creencias* que son el horizonte del esperar. De las más cotidianas a las más complejas acciones, toda la cuestión que suscitan esas tres preguntas puede ser eliminada del foco de interés para la conciencia. Pero el filosofar es precisamente lo contrario.

Filosofía perenne. No puede agotar su pregunta. Es alrededor de la pregunta donde se perpetúa la filosofía. ¿Qué podemos *conocer*, qué debemos *hacer*, qué nos cabe *esperar*?, son preguntas que han tenido respuestas variadas y muchas de ellas convincentes. Pero el problema del problema es que las tres remiten a la pregunta ¿qué es el hombre?, y sólo sabemos, si acaso, que es el ser que pregunta. Las tres primeras son preguntas que no pueden ser colmadas pero que tampoco cabe soslayar. ¿O sí?